

altar —sobre él un ósculo amoroso y agradecido— recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda gracia y bendición celestial».

Pero, ¿por qué nuestro sacrificio debe ser transportado al altar de los cielos? Ya sabemos que el sacrificio de Cristo consiste en su Pasión, en su Resurrección y en su Ascensión. Vencedor de la muerte, vive y reina en los cielos. Al ser llevado a los cielos, nuestro sacrificio es llevado a Dios mismo, que le da una unidad plena, una perfecta santidad. La humanidad gloriosa de Je-

sús está en los cielos unida para siempre a la naturaleza divina en la unidad de su Persona. Y no debemos olvidar que Cristo es la cabeza de la Iglesia, que El y la Iglesia tienen una vida común, que El y la Iglesia, con esa corriente única de sangre, forman el verdadero Cristo místico. Por eso, cuando pedimos al ángel que lleve nuestra ofrenda, hasta el altar sublime de Dios, nosotros, miembros del cuerpo de Cristo, nos ponemos también en sus manos, para ser levantados, transfigurados, divinizados y colocados en el reino de la gloria, ante el altar sublime de la majestad divina.

